

LO QUE ESPERO PARA EL FUTURO DEL SERVICIO DE PEDRO

La invitación de Juan Pablo II al diálogo sincero sobre la forma de ejercer el primado en la nueva situación de la Iglesia y del mundo ha dado lugar a numerosas aportaciones de pastores y teólogos, de las que Selecciones se ha hecho eco (ST n° 145 (1998): J.R. Quinn; n° 146 (1998) 91-97: P Hünermann). En el presente artículo el conocido teólogo, renovador de la teología moral, Bernhard Häring, sin dejar de esperar, adopta una postura crítica respecto a la forma como actualmente se ejerce el primado y se pregunta por qué un ministerio que debía estar al servicio de la unidad de todos los cristianos, de hecho, es el signo que distingue al catolicismo de las otras confesiones cristianas.

Meine Hoffnung für die Zukunft des Petrusdienstes, Theologie der Gegenwart 40 (1997) 254-261.

Cuando Juan Pablo II fue elegido Papa me embargó un profundo sentimiento de esperanza en que él iba a promover una renovación auténticamente bíblica y ecuménica del servicio de Pedro. Sin embargo, durante las dos últimas décadas, el endurecimiento del centralismo, junto con un sistema endémico de control, amenazaba con defraudar todas las esperanzas que nos habíamos fraguado. Ahora podemos de nuevo albergar la esperanza de que Juan Pablo II pasará a la historia por la valentía con que, mediante su Encíclica *Ut Unum Sint* ha realizado un signo profético, al dirigir a toda la cristiandad la invitación para entablar un serio diálogo sobre una forma futura del servicio de Pedro aceptable ecuménicamente.

Opto conscientemente por la expresión "servicio de Pedro". Pues el término "papado" posee asociaciones que podrían bloquear cualquier diálogo serio. El deseo ardiente de un servicio de Pedro que responda al Evangelio y a los signos de los tiempos brota -apremiante- tanto del núcleo de la Iglesia católica que ha experimentado la apertura ecuménica del Vaticano II como de los círculos más amplios de la cristiandad que, en el Consejo mundial de las Iglesias, consideran el distanciamiento como el principal impedimento para la unidad de los cristianos. Tras el Vaticano II y los impulsos que imprimieron al ecumenismo Juan XXIII y Pablo VI, se vio claro que se trataba más bien de una operación de maquillaje del papado, cuando lo que importaba era una conversión y una vuelta a los orígenes bíblicos y a las experiencias cristianas de los siglos que precedieron al giro constantiniano.

La imagen de Pedro en la Biblia

Para comprender el servicio singular de Pedro hay que acudir al NT, que nos proporciona una clara imagen de él y del eslabón originario que representa. Pedro tiene iniciativa, se muestra fiel al Maestro y en los momentos decisivos está abierto a la acción del Espíritu. Pero, junto con esto, de una forma estremecedora, le traiciona. Tan contagiado está de la concepción de un Mesías terrenal, que Jesús se ve obligado a denunciar su actitud como una "tentación satánica". Jesús conoce perfectamente su tremenda inconstancia y, no obstante, le promete una profunda conversión.

Es ilustrativa la forma como los Hechos (Hch 1, 15-26) describe el rol de Pedro en la elección del sustituto de Judas. Pedro advierte a la comunidad que el número simbólico de doce debe completarse. Y cuando son designadas dos personas, en vez de aventurarse a un fallo inapelable, deja que la suerte decida.

A Pedro y a la primitiva comunidad no les resulta chocante que, en una cuestión importante Pablo "se le enfrente abiertamente, porque es censurable" (Ga 2,11). En el llamado Concilio apostólico desempeña Pedro un rol de mediador, pero de nuevo sin apelar a su autoridad. Eso sí: abre nuevas perspectivas (Hch I S), como hizo ya antes cuando el bautismo de Cornelio. Y todo esto no excluye la impresión de que, con su tarea de pionero, el Apóstol de los gentiles sobresale.

Los obispos de Roma

Ya en los primeros siglos el Obispo de Roma se granjeó un singular prestigio. Pero no deja de ser interesante el hecho de que, en los orígenes, nunca se apeló simplemente a la sucesión de Pedro, sino a que Pedro y Pablo anunciaron en Roma el Evangelio y, con su martirio, dieron de él testimonio. Cuando el patriarca de Constantinopla, que sólo mucho más tarde, en plena era constantiniana, se convirtió en patriarcado, se apropió el título de "patriarca ecuménico", Gregorio el Grande (590-604) protestó, pero también él se atribuyó dicho título. Hans Küng no es el único en pensar que un intento radical para renovar el servicio de Pedro sobre bases bíblicas hallaría un modelo en Gregorio el Grande. Él fue ante todo y sobre todo obispo de Roma. Y, sin embargo, irradió su acción como metropolitano y patriarca de Occidente. De su correspondencia se deduce que se dirigió a menudo a metropolitanos y patriarcas, apenas a obispos. Esto lo debía considerar él como una intromisión indebida.

Líneas maestras del ejercicio del servicio de Pedro

La Iglesia no fue fundada ni como monarquía ni como oligarquía. Como el Vaticano II señaló, la Iglesia es el "pueblo de Dios en marcha" que se distingue por la fraternidad, la disposición a la escucha y al diálogo y la confianza en la acción del Espíritu de Dios "en todos, por medio de todos" y siempre por el bien de todos.

A partir del giro constantiniano, la Iglesia católico-romana se ha ido configurando mediante estructuras de poder monárquicas, incluso a veces absolutistas y se ha adornado con atavíos mundanos. Y lo peor es que esas tendencias las ha "sacralizado". La Iglesia, tan propensa a predicar la conversión de los individuos, ha de acordarse hoy de que también ella necesita conversión y reforma respecto a su estructura y a su manera de pensar y de hablar.

En el decurso de los últimos siglos, la Iglesia ha logrado elaborar una ética social sana, en la que se pone un acento especial en los principios de la solidaridad y de la subsidiariedad. Es un "signo de los tiempos" el hecho de que va haciendo examen de conciencia, porque precisamente sus propias estructuras y praxis contradicen a dichos principios. Debe reconocer que su concepción, como su manera de pensar y de actuar, es centralista. Todo va de arriba a abajo. Existe la tendencia inveterada al monopolio del poder, al monopolio de la verdad y, consiguientemente, a los métodos de control. En el

Vaticano II se optó explícitamente por la estructura sinodal. Pero hasta la fecha los sínodos romanos no tienen prácticamente nada que decir. Se les ha situado a nivel meramente consultivo. Y encima, la mayor parte de sus decisiones, al no ser vinculantes, han sido rechazadas. Ya el Vaticano I puso límites claros respecto a la infalibilidad papal. Sólo por razón de esta definición (limitación) la Constitución *Pastor aeternus* sobre la infalibilidad recibiría la aprobación de casi todos los obispos. Si se lee atentamente el texto decisivo (véase Denzinger-Schönmetzer n° 3069), se ve que está redactado en estilo narrativo y, sin embargo, fue considerado como *normativo* por los obispos que lo propusieron y finalmente lo aceptaron.

La declaración de Juan Pablo II, según la cual la mujer no puede acceder al sacerdocio, se presenta como "definitiva" y la Congregación para la Doctrina de la fe la califica finalmente de "infalible". A ello se oponen un sinnúmero de teólogos e incluso de obispos por el hecho evidente de que, previamente a la declaración, no se emplearon todos los medios puestos al alcance para averiguar la fe de toda la Iglesia sobre este punto. Por tanto, no necesitamos ninguna modificación del dogma de la infalibilidad, sino únicamente que se exponga con entera fidelidad. Además es claro que el oficio de enseñar del Papa está vinculado por entero a la solidaridad de toda la comunidad de fe.

La doctrina del Vaticano I sobre el primado de jurisdicción está claramente vinculada a la colegialidad en todos sus niveles. Ésta fue la intención del Vaticano II. Por lo demás, este obstáculo para el ecumenismo sólo puede ser superado mediante una *praxis* nueva que exprese el principio de subsidiariedad. Pero, mientras exista la praxis actual en el nombramiento de los obispos, no cabe esperar que ese obstáculo desaparezca.

Inviabilidad del monopolio papal del nombramiento de obispos

En la primitiva Iglesia a nadie se le ocurrió que el nombramiento de los obispos fuese asunto del obispo de Roma. Muchos factores históricos complicados contribuyeron poco a poco al actual centralismo en el nombramiento de los obispos. Así, el exilio de los Papas en Avignon, el influjo contagioso del centralismo francés, la necesidad de proveerse de medios económicos para sostener la corte de Avignon. Dicha necesidad condujo al contrasentido de dejar durante largos años muchas diócesis sin obispo hasta que finalmente se hiciesen los "pagos" correspondientes. En disculpa del papado cabe aducir la necesidad de luchar contra la mala costumbre de nombrar los obispos por parte de los gobernantes. Pero, sin contar con que de elección ya no se habló más, ¿por qué el nombramiento tenía que corresponder de nuevo al Papa, que era entonces el más poderoso de los poderosos?

Todo el proceso del nombramiento de los obispos está hipotecado por el sistema de la Nunciatura. Los Nuncios nunca fueron puramente servidores de la Iglesia. Como cabeza del Estado de la Iglesia que era, el Papa enviaba los Nuncios a las distintas cortes. Demasiados intereses "mundanos" intervenían en el nombramiento de los obispos con la aquiescencia de los respectivos gobernantes.

Y, aun prescindiendo de ese trasfondo histórico tan poco halagüeño que desembocó en la situación actual, esa praxis rigurosamente centralista resulta malsana y se presta a prácticas nocivas. Ella es, sin duda, síntoma evidente de anacronismo. Todo ese sistema centralista en el nombramiento de los obispos y los correspondientes sistemas de control

pertenecen a la época del centralismo y del absolutismo regio. Por esto, una cultura cada vez más democrática y cuando, incluso por parte del Papa, se pone el acento en la subsidiariedad, resulta éste un caso serio de alienación histórica.

El absolutismo centralista ha producido siempre malsanos *sistemas de control*. ¿Cuáles son los criterios para esos controles? La historia de la Iglesia nos facilita información precisa sobre cuán distinta era la forma de pensar de los Papas respecto a la elección de los obispos. ¡Cuán distinto era el punto de vista de Pío IX y el de su sucesor León XIII! Lo mismo cabe decir de Pío X respecto a su predecesor y de Juan XXIII respecto a Juan Pablo II. Todo el mundo sabe que actualmente en el Vaticano, tanto respecto al nombramiento de los obispos como al control de la licencia para enseñar de teólogos y teólogas, los criterios que realmente pesan son: el conformismo con las concepciones del Papa respecto a la contracepción, a la pastoral de los divorciados y al carácter irrevocable de la exclusión del sacerdocio por parte de la mujer.

En un largo pontificado la fisonomía de un colegio episcopal puede cambiar mucho. Y esto lo decide un hombre, más o menos solo. Y no hay que olvidar que se trata del control de más de cuatro mil obispos y de un número mayor todavía de teólogos y teólogas. ¿Cómo se obtienen las informaciones? ¿Son, al menos, por aproximación, representativas? ¿O es el sistema vaticano de control el que más abarca y el que más aprieta?

Los especialistas están bastante de acuerdo en que un sistema de control centralista y estrecho no sólo es en sí mismo enfermizo, sino también perjudicial. Están en camino unas relaciones eclesiales sanas y llenas de confianza. En este punto la terapia relaciona; nos ha abierto los ojos. El resultado final me parece que se impone: justamente por las razones por las que la Iglesia exige la subsidiariedad para el conjunto de la vida social y política, dicho principio resulta imprescindible para la vida interna de la Iglesia y para su salud y credibilidad.

¿Cómo hay, pues, que avanzar? Hay que partir de las experiencias del primer milenio. No hay por qué adoptar la misma norma para todo el mundo. Durante siglos el obispo de Roma fue uno de los cuatro o cinco patriarcas más importantes. Hoy es, no sólo obispo de Roma, sino también metropolitano y patriarca de toda la Iglesia católica. Las Conferencias episcopales, ante todo las más numerosas, podrían cumplir el objetivo originario de los patriarcados. A ellas se les debería asignar la reglamentación, en su ámbito, de la elección de los obispos, así como, por ej., el refrendo de los profesores de teología. El derecho eclesiástico para toda la Iglesia podría y debería ser mucho más proporcionado. La concepción sinodal de la Iglesia debe saltar claramente a la vista, adoptando distintas formas según los distintos ámbitos culturales. El sistema centralista de control debería ser sustituido por la virtud de la vigilancia y de la corresponsabilidad, que debe ser cultivada por todos en todas partes.

La elección del Papa

El sucesor de Pedro es más que un símbolo de unidad. Le incumbe un imprescindible servicio a la unidad de la cristiandad, que, por su misma naturaleza, ha de configurarse colegialmente. Por esto no es posible una vuelta a la elección del obispo de Roma por parte del clero romano y una cierta proporción del pueblo romano y de los obispos

vecinos. La elección del Papa es un acontecimiento de la Iglesia universal de la mayor importancia.

La elección del obispo de Roma tiene una historia llena de luces y sombras. Poco a poco se ensanchó el círculo de los que tomaban parte en la elección. Pero a partir de los siglos XI y XII el derecho de elección se fue limitando a los cardenales nombrados por el Papa. Esto hay que entenderlo por analogía con las monarquías hereditarias. Con sus nombramientos traza el Papa el estrecho círculo de los que tienen derecho a la herencia, los cuales, por su parte, eligen a uno entre ellos.

La historia de la creación de cardenales, entre los que se llegaron a contar parientes e incluso hijos ilegítimos del Papa, no deja de ser, a trechos, chocante. El sello del Evangelio resulta a menudo apenas reconocible. Es significativo que se hable de "purpurados", cuando los que visten de púrpura no son precisamente los que propone el Evangelio como modelos. Todo el aparato de los purpurados romanos junto con las variadas formas ridículas de triunfalismo, pompa y folklore, que han llegado hasta nuestros días, hacen que haya que buscar nuevos caminos para la elección del sucesor de Pedro, el pescador.

En atención al rol fundamental del Papa como obispo de Roma, no me atrevería a excluir que, antes propiamente de la elección papal, la Iglesia local romana y las Iglesias metropolitanas que tradicionalmente pertenecen a Roma tuviesen la oportunidad de presentar algunas propuestas discretas sobre la auténtica elección. Se podría pensar también en algunos sectores de dicho ámbito. Al círculo de electores propiamente dicho deberían pertenecer, por supuesto, los Presidentes de las Conferencias episcopales o un representante de las mismas; además personalidades escogidas ex profeso -hombres y mujeres- que, de una manera ejemplar, asumieron su corresponsabilidad en la Iglesia. Que las mujeres no dejen de formar parte del cuerpo electoral me parece una exigencia indispensable a la vista del significado del servicio de Pedro para todo el pueblo de Dios, y para poner al día la Iglesia de una forma convincente.

Renovación del servicio de Pedro

Hoy como nunca, el servicio de Pedro es trascendental para la unidad de la Iglesia. Por su forma evangélica, el servicio de Pedro debería ser esencialmente más equilibrado que el papado, sobre el que pesa la tradición, y no tiene por qué superar las fuerzas de una persona bien dotada.

El servicio de Pedro debe ser totalmente liberado de excrecencias históricas y de todo el boato mundano. Títulos como "Su Santidad" pertenecen al pasado. El Papa no sólo no debería nombrar "purpurados", sino que debería trazar cruz y raya sobre todo el complicado y ridículo sistema de títulos y de ascensos. A base del alambicado sistema de honores, castigos y postergaciones se ha perjudicado la pureza de los motivos con los ingredientes de una moral del premio y el castigo.

A mi entender, el futuro Papa debería renunciar a ser el soberano de un Estado entre los otros jefes de Estado del mundo. Esto no excluye la soberanía sobre el territorio del Vaticano. Sí tendría consecuencias para todo el sistema de Nunciaturas. El testimonio

del Evangelio es más eficaz si el Papa y los obispos, en principio, se retiran de la política. Sólo así se mantienen por encima de los intereses políticos.

Yo me imagino más o menos así la renovación. El obispo de Roma no nombra Nuncios. Por el contrario, son las Conferencias episcopales las que eligen sus representantes ante la Sede apostólica. Así, el canal de información resultaría, por ambas partes, abierto y exento de política.

Se ha hablado y se ha escrito mucho sobre la necesidad de que la Iglesia católica, por razones ecuménicas, revise expresamente los dos dogmas del Vaticano I. Según mi modesta opinión, esto no es necesario. Bastaría con que la Iglesia, y ante todo los obispos de Roma, reconociese expresa y convincentemente el principio de subsidiariedad. Entonces, para los casos de extrema necesidad, que raramente ocurren, el Papa podría hacer uso de su legítima autoridad, libre de toda sospecha de ambición o acumulación de poder.

Por lo que se refiere al dogma de la infalibilidad, he aludido ya a la válvula de seguridad que, a última hora, se añadió a la Constitución dogmática *Pastor aeternus*. Además se debería reflexionar en lo que el Vaticano II expresa claramente o, al menos, sugiere sobre la vinculación del servicio de Pedro y del magisterio del Papa con el *sensus fidei* (sentido de la fe) del pueblo de Dios y con la enseñanza de todo el colegio episcopal con el Papa a su cabeza.

Creo que, en nombre de muchos, puedo expresar mi personal manera de ver: una renovación a fondo del servicio de Pedro significa para toda la Iglesia y para el restablecimiento de la unidad de los cristianos mucho más que un papado inmovilizado por el peso de la tradición.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA